

**Cómo citar / How to cite:** Martínez Buendía, J. 2024. Insignia dominationis: símbolos de poder y rango del emperador romano en la Antigüedad tardía. Arce, Javier. Editorial Marcial Pons, Madrid, 2022, 173 pp. ISBN: 978-84-18752-18-6. *Antigüedad y Cristianismo* 41. <https://doi.org/10.6018/ayc.611451>

**INSIGNIA DOMINATIONIS: SÍMBOLOS DE PODER Y RANGO DEL  
EMPERADOR ROMANO EN LA ANTIGÜEDAD TARDÍA. ARCE,  
JAVIER. EDITORIAL MARCIAL PONS, MADRID, 2022, 173 PP.  
ISBN: 978-84-18752-18-6**

Recibido: 8-4-2024

Aceptado: 23-6-2024

Dentro de la historia política del Imperio romano hay una evolución clara y fácilmente distinguible de la figura del emperador tal y como es descrito y representado por las fuentes escritas y arqueológicas. Una muestra y consecuencia de esta cuestión es la aparición y extensión del uso de determinados símbolos de poder, que elevan al emperador sobre el resto de magistrados y permiten su identificación entre los mismos. A partir de entonces los *insignia* adquieren una relevancia simbólica cuyo estudio sistemático prácticamente se ha pospuesto hasta ahora. En la introducción del título aquí reseñado, Javier Arce se pregunta con tanta ingenuidad como perspicacia por qué se respeta a un personaje únicamente por portar una corona o por estar asociado a determinados símbolos. Para responder a estas preguntas, el célebre autor acomete el estudio de aquellos símbolos cuya presencia en las fuentes permite rastrear sus orígenes geográfico y cronológico, sus significados primarios y sus evoluciones para revestir al emperador tardorromano de su aura sacralizada.

En el primer capítulo aborda la importancia general de la vestimenta. Como cualquier sociedad antigua, el atuendo es un elemento definidor de los *ordines* sociales, clave en la jerarquización de los mismos; a este motivo responde que el hecho de vestir como el emperador dentro de los muros de Roma sea un delito contra la *maiestas*, pues se interpreta como un intento de usurpación. No debe

llamar la atención que el emperador cuente con un guardarropa propio, el *vestiarium*, con su encargado particular, el comes *vestiarii*. En cuanto al empleo de piedras preciosas y perlas en la vestidura imperial, las fuentes retrotraen esta práctica a tiempos de Aureliano y Diocleciano, y su origen se relaciona con los usos de la monarquía y la tiranía.

El segundo capítulo se centra en el estudio de las insignias de poder representativas del *imperium*, los símbolos más frecuentes y, parece ser, más importantes a la hora de revestir al soberano de la autoridad imperial. En primer lugar se encuentra el *paludamentum*, el manto púrpura. Se trata de una prenda militar, lo que la contrapone a la toga, de uso civil. Su color tiene origen, según las fuentes, en la *trabea* de Rómulo, y es recuperado por Augusto. Esta prenda es protagonista del ritual de la *adoratio*, consistente en la prostración ante el emperador y el beso de la orla del *paludamentum*, costumbre de procedencia oriental y privilegio reservado a los más cercanos del emperador. Tiene también procedencia oriental la diadema, más concretamente helenística. Se diferencia de la corona en que esta, de origen etrusco y usada por Rómulo, tuvo un uso ocasional después del fin de la monarquía, pues fue reservada para honrar al *triumphator* durante la ceremonia del triunfo; mientras que la diadema era un símbolo que representaba directamente la realeza, y que derivaría en el *stemma* de oro.

Convive también con el *torques*, que parece estar ligado al mundo militar germánico.

En el tercer capítulo se hace una recopilación de las insignias de poder que actúan como elementos circunstanciales, ceremoniales y de representación, aquellos que no ocupan un lugar tan destacado como los anteriores. Entre ellos encontramos la hasta *summa imperii*, la lanza, símbolo supremo del poder militar cuyo origen está en la monarquía romana. El *labarum*, que era el estandarte más representativo era custodiado en una cámara del palacio imperial de Constantinopla. Los zapatos (*calcei*, *calciamenta*), como la vestimenta, revelaban el estatus social de sus portadores: así, solo los emperadores podían calzar zapatos rojos (*mulleus*), costumbre que tenían los reyes de Alba Longa y parece que algunos patricios, a los que además se les añadirá una profusa decoración con gemas. El cetro (*scipio*) es un símbolo no exclusivo del emperador, pues lo representa en calidad de cónsul y *triumphator* y recoge la capacidad de administrar justicia y de presidir los juegos. Relacionado con el cetro está el *globus*, que simboliza el poder del emperador sobre el orbe. Las *fibulae* funcionan como elementos distintivos por su lujo y forman parte de los *dona militaria*. El cinturón (*cingulum*) distingue a la *militia armata* y a la *militia non armata*, al funcionariado militar del civil. El color rojo lo convierte en un elemento distintivo, a su vez, el *cingulum* del emperador era más lujoso, decorado con placas o círculos metálicos. Como entre la corona y la diadema, también pueden encontrarse diferencias notables entre la *sella curulis*, de origen etrusco y símbolo del *imperium* y de la magistratura, y el trono con respaldo alto y adornos, asiento de los dioses griegos y popularizado desde los reinados de Diocleciano y Constantino, eso sí, sin la desaparición de la primera. El carro del emperador también es distinto del resto por su lujo, y cobra gran importancia el hecho de que el soberano viaje solo o acompañado, pues el viaje en solitario es propio del déspota, mientras que es signo de concordia que el

emperador invite a un acompañante. Como todo lo que rodea al emperador, el casco también es objeto de una copiosa decoración.

El cuarto capítulo explora la simbología de las ceremonias y gestos imperiales. Como viene exponiendo Arce en toda su obra, todo lo que rodea la figura imperial es sagrado (*sacrum*). El emperador se distancia de sus súbditos a través de unos cortinajes que le protegían de ser visto, costumbre proveniente de la Persia aqueménida y retomada por los monarcas sasánidas. Su actitud de cara al público cambia por completo, pues debía permanecer impassible y no mostrar admiración ni sorpresa por aquello que sucediera a su alrededor. Según ha expresado el autor, esto responde a que la acentuación sobre la invisibilidad del emperador refuerza los aspectos visibles del poder, consecuencia de que este sea más absoluto que nunca en la historia de Roma. Tampoco debía existir contacto directo entre el emperador y otra persona, lo que explica la aparición y extensión del *ritus manus velatae* como gesto de sumisión. En cuanto a los gestos más significativos es posible encontrar el *silentium*, que le identifica como autoridad, el abrazo de concordia entre césares y la *largitio* o *magnificentia*, el emperador sentado derramando monedas.

En el análisis de la investidura imperial, Arce diferencia y señala las distintas partes que formaban parte de la ceremonia o que fueron añadiéndosele, distinguiendo la aclamación, la colocación del *paludamentum* y la diadema (o torques), la presentación del emperador con los *insignia* ante el ejército, el donativo y el discurso a este, la carta al Senado anunciando su elección y la aclamación y proclamación por el Senado. De entre todos estos elementos, el autor considera requisito esencial del nombramiento la presencia de los *insignia* mencionados. En los ritos de investidura de la Constantinopla del siglo V, bien descritos por las fuentes, se aprecia un cambio en el que ha incidido A. Cameron: la aparición del patriarca o del obispo, la autoridad religiosa, y su participación en la ceremonia

de investidura, con lo que esta adquiere un carácter religioso además del cívico-militar. En el caso de las emperatrices, al no pertenecer a ellas el cetro de Roma, entre sus *insignia* no se hallará el *paludamentum*, símbolo militar, pero sí la clámide, la fibula, la diadema o el *globus*, contando con una investidura propia en una de las salas de palacio.

En el capítulo quinto Arce trata el empleo y destino de los símbolos de poder en manos de los reinos sucesores del Imperio romano. Entre los visigodos destaca el autor la contradicción existente entre las afirmaciones de Isidoro de Sevilla relativas a que Leovigildo habría sido el primer rey en usar una vestimenta real y en introducir el trono con las menciones al empleo de clámide, sella y cortinajes por Ataúlfo y Teodorico II. Se ha argumentado que estas medidas habrían sido una novedad introducida por Leovigildo en pro de la bizantinización de su reinado; sin embargo, lo que más bien revela esta contradicción es que durante gran parte del tiempo se había perdido el uso de los *insignia* romanos, por lo que Isidoro inventa directamente una tradición atribuyéndole su introducción a Leovigildo. En cuanto al rito de investidura, a partir del reinado de Wamba se instauró la unción del rey basándose en la unción bíblica de David. Diferente es el caso de Clodoveo, pues el rey de los francos recibió del emperador Anastasio el derecho a utilizar los títulos de cónsul y Augusto, y poseyó un ceremonial de investidura y unos símbolos de poder casi similares a los del emperador romano, pues se incluyen aquí la clámide, la túnica púrpura, la diadema y el donativo. A Teodorico I, rey ostrogodo, le fueron enviados por el mismo soberano romano *omnia ornamenta palatii*, aunque no se le permitió vestir el *paludamentum* ni utilizar el título de *Augustus*. Una investidura similar a las que han recibido los emperadores romanos, teniendo lugar en el circo, se da en la coronación de Adaloaldo. La clara tendencia es imitar los signos de poder y las ceremonias de investidura como una herencia recibida.

El sexto capítulo rastrea el origen y los caracteres de los *insignia imperii*. Dos focos recurrentes de inspiración son la monarquía romana y el mundo etrusco, aunque varios autores han querido atribuir el origen etrusco de varios símbolos de poder a un préstamo oriental, tales como la corona de oro, el trono de marfil, el cetro con un águila en la punta y la túnica purpúrea con esquinas de oro. La razón de esto es que la denostada monarquía encarnaba algunas ideas positivas para muchos romanos, lo que el autor pone en valor con la afirmación de Filippo Coarelli de la república romana como reacción antitiránica por parte de una oligarquía patricia en contra de las novedades sociales y económicas introducidas por los reyes; algunos símbolos siguen manteniéndose durante la celebración del *triumphus*. Por otra parte, el contacto con los reinos helenísticos del oriente griego y sus usos repercute en el mundo romano: entre los siglos I al III encontramos señaladas ocasiones en las que se introducen las piedras preciosas y otros adornos en la vestimenta, culminando con la introducción de la diadema por Constantino y los ritos de corte de precedencia sasánida por Diocleciano. Otro foco importante es el germánico, debido a la gran afluencia de soldados de este origen entre las filas romanas, sobre todo a partir del siglo IV. El ejemplo más claro lo constituye la paradigmática elevación de Juliano sobre un escudo y la colocación de un torques sobre su cabeza, imitada a posteriori por los emperadores orientales.

El emperador distante de la Antigüedad tardía pretende relacionarse con su pueblo por medio de los símbolos, pues muchos de ellos aúnan un significado republicano: el cetro y la *sella curulis*, propios del magistrado, la lanza, el *paludamentum* y la diadema, símbolos militares que agitarían a los soldados. Por tanto, acierta el autor señalando que no está aquí el foco de discusión de la historiografía antigua, sino en el cambio de la vestimenta. Son las ropas decoradas y los calzados extravagantes lo que equipara al emperador a la imagen del tirano oriental, lo que rompe el vínculo

entre el poder del pueblo romano y el que no deja de ser el primero de sus magistrados, el emperador. También la aclamación del emperador debe ser entendida como parte de la ficción republicana, pues son cuatro los entes que intervienen: el senado, el *palatium* como estructura administrativa, el ejército y el pueblo, que en la teoría y en su participación en el ceremonial de investidura se convierten así en las cuatro columnas que alzan al emperador. La imagen del emperador-magistrado tiene que convivir con el emperador investido con unos símbolos que le otorgan un aura de sacralidad pero que, al mismo tiempo, le conceden un valor unificador, colectivo e integrador. Por último, en este capítulo, se tiene en cuenta la procedencia y acumulación de los insignia.

En el séptimo y último capítulo se presenta al lector una selección de materiales iconográficos acompañados de breves comentarios que resumen la presencia y el uso de los símbolos de poder, entre los más destacables: el *missorium* de Teodosio; el retrato de un emperador con diadema de perlas; el emperador Honorio en el díptico de Probo; el emperador Constancio II como cónsul; la mano sosteniendo el *globus* del coloso de Constantino; o el díptico de la

supuesta emperatriz Ariadna. El autor se vale de estos y otros hallazgos arqueológicos para señalar e ilustrar todo lo explicado acerca de las insignias de poder en los capítulos anteriores. Añade, finalmente, una cronología de los emperadores romanos desde Augusto hasta Justiniano.

En conclusión, por medio de este breve pero pormenorizado análisis de los símbolos de poder del emperador romano, Arce da a conocer unos aspectos que la historiografía en castellano había pasado por alto y que se presentan, a todas luces, fundamentales para nuestra aproximación a la idea del poder en la Antigüedad tardía, que tanta influencia tendrá en los siglos posteriores.

José Martínez Buendía  
Investigador independiente  
jose.marbu@hotmail.com  
orcid.org/0000-0002-4148-6575